

Luciano Lamberti
“Los caminos internos”

¿En qué momento se perdió? No lo sabía. Esos caminos de tierra eran intrincados, nacían o desaparecían un poco a la bartola, y más de una vez Eduardo, que los transitaba regularmente, se había visto en la necesidad de frenar el auto, volver atrás, meterse entre yuyos altos, esquivar baches y detenerse, al fin, a preguntar por indicaciones a un gringo que se rascaba la nuca mirando el horizonte, perdido él también. Tardes enteras buscando la pequeña casa de campo donde la mujer de un peón estaba a punto de dar a luz o el resfrío de un colono se estaba extendiendo demasiado. Eduardo, el hombre orquesta, como ese que vio de niño en la plaza de su pueblo. El que tocaba media docena de instrumentos a la vez, el que servía para todo. Una noche en la que el veterinario de la zona andaba ocupado en otra parte incluso lo llamaron para que atendiese una vaca empastada. Eduardo se subía al auto y se metía por esos caminos porque era su obligación, pero lo hacía sintiéndose miserable.

Los caminos internos: así los llamaba. Pasajes secretos que se abrían entre plantaciones de maíz y trigo, que no figuraban en los mapas y recorrían el país por dentro, como un inmenso sistema circulatorio, que se llenaban de barro cuando caían veinte milímetros de lluvia y podían presentar toda clase de obstáculos, desde un tronco tumbado a la mitad con las raíces expuestas hasta la invasión de un grupo de vacas somnolientas. Pasajes desiertos, en los que se podía manejar durante horas antes de ver una casa, a lo lejos, oscura entre los eucaliptus.

Mientras los recorría, Eduardo aprovechaba para pensar. Necesitaba pensar. Tenía la impresión de que en algún punto de su vida algo se había torcido, y ese “algo” lo había llevado hasta la mañana en la que buscaba la casa de la señora Bellacua. Era un hombre razonable, pero no podía evitar que cada tanto aflorara la voz interior, esa vocecita burlona y aguda como la de una vieja loca, que lo llamaba “Señor Fracaso”.

¿Qué pasó con tus sueños, Señor Fracaso?, le preguntaba esa mañana.

Eduardo le dio la razón. ¿Qué había pasado con sus sueños? No lo sabía. Los que tenía al entrar en la Facultad de Medicina, cuando se esforzó por ser el mejor pensando que la recompensa llegaría tarde o temprano. En ese tiempo se veía recibido con las mejores calificaciones de su promoción, dueño de un pequeño consultorio, después de una pequeña clínica, al final: de una gran clínica con empleados a su cargo. No le daba ninguna vergüenza admitir que le gustaba la plata. Quizás porque no la tenía, porque venía del interior y sus padres eran humildes (o lo habían sido, antes del accidente que los mató).

Cuando sus amigos (sus compañeros, a decir verdad, porque lo que se dice “amigos” no tenía) iban a los bares o se juntaban a jugar a las cartas hasta la madrugada, él rechazaba cortésmente las invitaciones. Prefería quedarse en casa, estudiando para los parciales, con la disciplina monástica que se había impuesto para alcanzar sus metas. No tenía novia, ni más interés que el del estudio, al que le dedicaba casi ocho horas diarias, pero a todo lo justificaba el futuro brillante que se abriría frente a él como uno de estos caminos, uno que solo podía desembocar en la felicidad: Eduardo, venido de un pequeño pueblo, alcanzando el éxito, volviendo al pueblo encima de un auto importado, dueño de una casa con pileta y palmeras.

Así, se recibió con el mejor promedio, el rector en persona lo condecoró con una medalla y él no pudo evitar que se le cayeran algunas lágrimas. Pensaba en todas esas noches de esfuerzo. Pensaba en sus padres, fallecidos años atrás. Pensaba con rabia que había sido el mejor.

Y ahí estaba ahora, sacudido por los baches, puteando en voz alta, completamente perdido, en busca de la casa de la señora Bellacua.

Recordó su gira por los hospitales solicitando un puesto, provisto de una carta de recomendación del rector (carta por la que se había humillado hasta a lo indecible; carta que, de tanto ser desdoblada y vuelta a doblar no tardó en ajarse). Tenía un plan: si se esforzaba una vez más, haciendo guardias los fines de semana, sin salir o gastar un centavo, en dos años podría poner su propio consultorio. Incluso podría tomar de empleados a sus compañeros de curso, a los que secretamente odiaba por irresponsables y dejados.

Pero lo mismo le hubiera servido una servilleta sucia.

Los trabajos que le ofrecían estaban mal pagos, tenían poca proyección o un sueldo tan escaso que apenas le permitirían ir tirando. Eran tiempos de crisis, otra vez, y había demasiados médicos, como le explicó uno de los que le hizo la entrevista.

Tirás una piedra y le das a uno, le dijo, risueño, pero a Eduardo no le causó gracia.

Fue así como terminó aceptando un puesto en ese dispensario de campo. Viajaba horas enteras por los caminos internos, el maletín con el estetoscopio y las muestras gratuitas de los visitantes médicos en el asiento de acompañante, la vocecita de la vieja loca que lo llamaba Señor Fracaso. Pronto se dio cuenta de que en esas zonas la medicina estaba más cerca de la brujería que de cualquier otra cosa, y que poco de lo que había estudiado le servía en la vida real. Su función era más bien la de ocultar los síntomas. Curaba empachos, atendía nacimientos imprevistos, suturaba heridas de maquinarias agrícolas. No disponía de suministros ni material de análisis. Se había convertido en el médico de pueblo que termina casándose y engendrando una piara de hijos para mantener ocupada a la señora.

¿De qué te sirve tu medalla de oro ahora, Señor Fracaso?, le decía su vocecita interior esa mañana.

En algún momento me servirá, le respondió Eduardo. Pero sabía que era mentira. Sus compañeros, de promedios bajos y familias con contactos, seguro habrían conseguido trabajos mejores. El mundo era una porquería. Y la casa de la señora Bellacua que no aparecía por ninguna parte. Eduardo la había visitado un par de veces (no las suficientes para recordar la ubicación, evidentemente) y sabía que a la vieja no le quedaba mucho tiempo, un cáncer atroz la devoraba. Su esposo, hombre alto y panzón de nariz colorada por el colesterol y el ácido úrico, le había sugerido una tarde mientras tomaban un café en el comedor si no era posible “hacer algo”.

¿Hacer qué?, le preguntó Eduardo.

Evitarle el sufrimiento de alguna manera, dijo el gringo.

Eduardo se quedó mirándolo hasta obligarlo a bajar los ojos.

El pedido no se repitió, y Eduardo visitó la casa un par de veces más, asombrado de que la vieja pudiera resistir tanto. Acostada en su amplia cama matrimonial, la señora Bellacua era un cadáver: los ojos abiertos y ciegos, la boca seca. Allá atrás, muy suave, estaba el pulso.

Para llegar a esa casa había que tomar el camino que iba hacia la cremería, doblar en la curva del montecito a la derecha y después meterle como cuatro kilómetros, pero esa mañana se había perdido, era tan ridículo.

Perdido en el campo, Señor Fracaso, dijo la vocecita. Aquí estamos.

Eduardo detuvo el auto en la banquina, respiró hondo y golpeó el volante varias veces mientras insultaba a los gritos.

Después se sintió un poco mejor. Volvió a encender el auto, lo enfiló hacia el norte, manejó seguro de que el camino lo tendría que llevar a alguna parte, un pueblo, una ruta, una casa donde preguntar. Cualquier cosa menos ese gusto amargo en la boca. Manejó hasta que a los costados el camino se pobló de árboles. No sabía de qué clase eran, pero se encorvaban formando una cúpula de copas entrelazadas, un túnel de luz cálida y espesa como el aceite, que desembocaba a lo lejos en una gran claridad.

Eduardo recordó las supuestas visiones de los que morían por unos minutos en el quirófano, el túnel, los familiares y amigos que recibían con abrazos a los recién llegados. Un mito urbano que había ido creciendo con los años y los testimonios, perfectamente explicable como la alucinación de un cerebro en estado de shock. Él creía en el cuerpo como máquina, en sus dolencias, en sus percepciones. Si existía el alma era trabajo para sacerdotes.

Cuando los árboles se acabaron, se encontró frente a las primeras casas de un pueblo.

Tuvo la impresión de haberlo visto antes. Era muy parecido, casi idéntico al pueblo donde se crió, el que dejó para estudiar en la capital. La plaza central, la avenida principal con sus negocios, la pequeña capilla. Había odiado ese lugar, lo había despreciado antes de irse, lo había abandonado para siempre. Aquel pueblo era como este, muy pequeño, un puñado de personas que se conocían por nombre y apellido, ubicado también a la vera de uno de esos caminos internos, lejos de las rutas, del progreso, del paso del tiempo.

Pero todos los pueblos se parecen, pensó mientras bajaba la velocidad para internarse en la calle principal. Todos tienen los mismos elementos, el mismo aire de pureza.

Era pasado el mediodía, y el pueblo parecía cantar.

A Eduardo le trajo un recuerdo nítido de su infancia, a la salida del colegio, la sensación de libertad, el olor a comida recién preparada que salía de las ventanas abiertas.

En el “centro”, alrededor de la plaza, había un gran movimiento. Se oía el altoparlante de un rastrojero que ofrecía pescado fresco y ofertas de verdura para las señoras. Mujeres con bolsas o carritos entraban y salían de los negocios abiertos. Un grupo de hombres sentados en la esquina de un viejo bar tomaba su Gancia con soda y comía su picada de salame y queso alargando el momento de volver a casa, enfrascados en largas discusiones. El placero le daba forma a unos arbustos con una gran tijera de podar. Un policía lucía su uniforme impecable parado en una esquina. La gente se detenía a charlar en medio de la vereda o incluso en la calle, donde el tráfico era prácticamente nulo.

Eduardo estacionó, abrió la ventanilla y le preguntó a un hombre que pasaba por la vereda, llevando unos libros en la mano, por el campo de Bellacua. Éste se quedó pensando un momento. Eduardo vio algo familiar en él, como si lo hubiera conocido en otra vida o estuviese sufriendo un deja vú.

Bellacua, Bellacua, repitió el hombre, tratando de ubicarse por el sonido la palabra. No, la verdad que no.

No hay problema, dijo Eduardo, con una gran sonrisa campechana.

Y estaba por seguir camino cuando un grupo de niñas vestidas con guardapolvos y mochilas en la espalda, pasó frente al auto. Una de ellas era Laura.

A Eduardo se le cortó la respiración. Laura. El delantal blanco, el pelo rubio que lo había enamorado hasta la locura. Ahí estaba, con la misma edad con la que la recordaba, las mismas pecas en las mejillas (hubiera podido dibujarlas con los ojos cerrados, como una constelación), las mismas largas piernas sobre las que se tambaleaba como si Dios le hubiera dado una altura que no le correspondía, nada más que para romper su corazón infantil.

Es su hija, se dijo. Laura se casó, se mudó a este pueblo, tuvo una hija idéntica a ella.

Casi sin pensarlo bajó del auto y se acercó al grupo de niñas.

¿Laura?, preguntó, sabiendo que era una idea idiota. ¿La hija se llamaría igual?

Qué, dijo la niña, las manos en la cintura, tan desafiante como la recordaba.

Tu mamá también se llama Laura, ¿verdad hermosa?, preguntó Eduardo.

Mi mamá se llama Raquel Beatriz, dijo Laura. ¿Por qué quiere saber?

Una idea, más bien una sensación de frío y vacío, pasó por la mente de Eduardo. Una idea que en cualquier ocasión hubiera descartado por tonta, por irracional, por fantasiosa, pero que en ese momento le pareció extrañamente lógica. Parado allí recordó de dónde le sonaba la cara del hombre al que había preguntado por Bellacua. Era el viejo que atendía los

surtidores de nafta en la única estación de servicio cuando él era chico. ¿Podía ser? ¿Había alguna remota posibilidad de que tuviera la misma apariencia ahora que veinte años atrás? Recordó los surtidores celestes y antiguos, la imagen del viejo sentado a la sombra, con su camisa a cuadros y su gorra de Shell, leyendo mientras esperaba a los clientes. No podía ser.

Estás loco, dijo la vocecita. Te has vuelto loco, Señor Fracaso. Al fin sucedió.

No estoy loco, dijo Eduardo.

Las niñas se habían ido, riéndose, pero a él no le importó. Miró alrededor y de golpe reconoció a su pueblo. No era parecido, no era idéntico: era el suyo. La heladería de los Giulano, frente a la plaza, que había cerrado poco antes de que él se fuera a la capital, fundida por las cadenas de helados baratas y de pésima calidad. Ahí estaban ahora los viejos, parados detrás del mostrador. Más allá, la tienda de ropa Bazán, donde su madre, antes del accidente, le compraba los pantalones y las camisas para el colegio. La mercería de las hermanas Bosco, al frente, las eternas solteronas, serias y circunspectas, que morirían juntas en la misma cama matrimonial. Las vio a través de la ventana, atendiendo a unas clientas. El loquito Rizzo, que andaba en bicicleta con un gorro de papel de diario cantando tangos a los gritos. Todo estaba ahí, intacto.

Yo que vos saldría rajando, Señor Fracaso, dijo su voz interior. No parecía burlona, ahora. Parecía genuinamente asustada.

Sí, sí, sí, se dijo Eduardo. Una cosa más y me voy.

Esto me huele feo, dijo la voz.

Una cosa más, repitió Eduardo. Una cosa más.

Cruzó la plaza caminando y casi enseguida encontró la calle Sarmiento, donde se había criado.

Ahí estaban los plátanos altos y viejos que él conocía tan bien. El perro tuerto de la señora Gilleta, rascándose parsimoniosamente la oreja con una pata. El jardín de los Aylén, muy cuidado, y el galpón del taller mecánico un poco más allá.

Y su casa. Ahí estaba su casa.

La misma fachada. El mismo número grabado en bronce sobre una placa de madera. Las altas puertas y ventanas, que estaban abiertas, y el canto de una mujer que venía desde el interior.

Reconoció la voz de su madre. Sonaba muy real en ese luminoso mediodía. Pudo oler a la distancia las milanesas fritas, con papas y huevos, su comida preferida. La vocecita burlona de su mente dijo algo, pero él ni la oyó. Levantó un dedo y apretó el timbre.

Ya va, se escuchó.

Cuando la mujer abrió la puerta, se miraron durante un instante. Luego ella sonrió y se adelantó para abrazarlo.

Hijito, le dijo. Tanto tiempo.

Eduardo olió el perfume de su pelo y casi se larga a llorar.

Volví, mamá. Ya estoy acá.

Shhh, lo acalló la madre. Después hablamos. El almuerzo está listo, ¿tenés hambre?

Me muero de hambre, dijo Eduardo.

Al entrar reconoció otro olor: el de su casa. Un olor único a madera recién cortada (su padre tenía el taller atrás), a muebles lustrados, a barniz. ¿Cuántas veces había anhelado ese olor, en otras casas? ¿Cuántas lo había buscado con desesperación?

Su padre, sentado en el comedor, también se levantó para abrazarlo.

Eduardo se unió a ellos frente a la mesa servida. Todo estaba bien, todo era perfecto. Comieron charlando, como cuando era niño, y sintió que había regresado al hogar, que por razones que no importaban había vuelto, al fin, adonde pertenecía. De donde nunca se tendría que haber ido.

Les contó de sus logros. De su esfuerzo, de la medalla de oro.

Siempre confiamos en vos, dijo su padre.

Entonces una imagen pasó por la mente de Eduardo. Fue apenas un segundo, el vuelo de una mosca, pero bastó para empañar un poco esa perfección. Cuando era un adolescente, hurgando en la mesa de luz de su tía, encontró en un sobre de papel madera las fotos del accidente. Todavía las recordaba, con una nitidez espantosa. Una: el viejo Torino verde oliva aplastado como una lata. Otra: las caras de sus padres reventadas por el impacto, sangre en todas partes, los cuellos torcidos en una posición antinatural. La última: los bultos al costado de la ruta, envueltos en plástico negro.

Pero ahora todo estaba bien. No hacía falta pensar en eso.

¿Todo está bien?, dijo la vocecita.

Callate idiota, pensó Eduardo.

Uno más uno es dos, dijo la vocecita. Pero dos más dos es cinco.

¿Qué tal estaba la comida?, preguntó su madre.

Muy rica, dijo Eduardo. Se sentía lleno y adormecido. Creo que voy a tirarme un rato a dormir la siesta. Después tengo... algunas preguntas que hacerles.

Andá, dijo su madre. Te tendí la cama esta mañana.

Eduardo se levantó y le besó la frente, pero mientras lo hacía percibió un olor extraño. Un olor a flores podridas, caliente y denso, que estaba como por debajo del champú. Decidió ignorarlo, también. Mejor dormir la siesta. Mejor dejarse llevar.

No lo sorprendió que su pieza de hijo único estuviera idéntica. La pequeña biblioteca con sus libros infantiles, ediciones de Billiken que todavía recordaba. El ropero, la cama, la manta con figuras de payasos repetidas hasta el hartazgo. Se acostó y se dio cuenta de que la cama le quedaba chica: sus pies sobresalían por el extremo. Se acomodó en posición fetal, cerró los ojos y casi al instante sintió la ligera caída agradable del sueño. La vida le estaba dando una segunda oportunidad. Ahora podría arreglar lo que salió mal.

No tardó en quedarse profundamente dormido.

Cuando poco después se abrió la puerta, con un chirrido lento, Eduardo ni se percató. Sus padres avanzaron hacia él en puntillas para no despertarlo y se quedaron quietos al pie de la cama. Ya no tenían la forma de sus padres, no la necesitaban.

Afuera, los habitantes del pueblo rodeaban la casa. Estaba el viejo de la estación de servicio, los Giulano, las hermanas Bosco, el loco Rizzo, incluso la pequeña Laura y sus compañeritas.

Tampoco ellos necesitaban la forma que habían tenido frente a Eduardo un rato antes. En sus ojos (aunque uno dudaría en llamarlos así) se veía una chispa de expectativa ansiosa. Esperaban, atentos y, cuando empezaron los gritos, el grupo se entusiasmó.